

EL CAMINO

Pdo. TRÉBOL

"Caminante, no hay camino, se hace camino al andar. Al andar se hace camino, y al volver la vista atrás, se ve la senda que nunca se ha de volver a pisar."
Antonio Machado

Prometí que si me salvaba, si llegaba al verano vivo, haría el camino de Santiago. Por trozos aunque fuera. Para poder disfrutar del aire, que ya no me acuerdo ni cómo es que te acaricie la cara. Para sentir esa sensación de libertad. Valorar de nuevo esos pequeños instantes en los que no tengo delante a un posible contagiado. Para dar gracias a mi ángel de la guarda y a todo el santoral por haberme permitido seguir vivo. No tengo grandes metas, porque si algo he aprendido durante estos casi dos años, es lo efímero de la vida, el capricho de Dios para elegir a sus víctimas, la importancia de vivir el momento como si fuera el último segundo de mi vida. El hoy, no vaya a ser que mañana...

Muchos se han ido para siempre. Otros han quedado con secuelas y nunca volverán a ser los de antes. Algunos milagrosamente hemos sobrevivido. Por ahora. Porque el de arriba continua con su caña de pescar. Sin multiplicar panes y peces. Hablando de las siete plagas que asolaran la tierra antes de la Apocalipsis.

Dispongo de quince días para poner orden en mi cabeza. Para intentar frenar el estrés. Para obligar a mis pies a llevar el ritmo correcto. Para decirles a mis manos que no es necesario que vayan a mil por hora. Para controlar la descarga constante de adrenalina. Para que el corazón no se me salga por la boca. Porque si no me mata el maldito virus, lo va a hacer, sin lugar a dudas, el exceso de trabajo.

Ni me creo que vaya a tener de verdad unos días de vacaciones. Antes de que el jefe se arrepienta y algún compañero me pida por favor mis días, preparo la mochila. Ni siquiera había planeado el viaje y nunca he sido de improvisar. Hasta este año en que todo es muy diferente. Hasta yo soy distinto. Han dejado de preocuparme las tonterías de siempre. Vivo al día y planifico como ahora, en el último momento.

Soy escueto. Puedo prescindir de casi todo y después de analizar bien, elijo lo justo. Calcetines. Quitita y pon de ropa. Un chubasquero. Un pequeño botiquín para curar las ampollas de los pies. Un mapa. Un diminuto neceser.

Por algún sitio he leído que es importante no cargar mucho peso sobre la

espalda y prescindir de lo prescindible. Si estuviera muerto, me sobraba todo. Calculo que podré soportar quince kilos sin fatigarme más de lo que ya estoy. No puedo ni con mi alma. Trataré de encontrarla a lo largo del camino. Si se la encuentra algún peregrino, igual tiene a bien devolvérmela. Por estos lares nadie se queda con lo que no es suyo y no creo que a nadie le interese algo tan roto. Lo está por las ausencias de los que ya no están, por la soledad a la que me obliga la pandemia, por la necesidad imperiosa de un descanso reparador, por la falta de tiempo para que mis bioritmos recuperen la normalidad, por la impotencia de no poder hacer más.

Cien kilómetros desde Sarriá a Santiago es la distancia mínima que permite recibir la Compostela. No me veo con fuerzas para cubrir más etapas ni podría empezar más atrás. No este año, que mi objetivo es llegar al final. A ver al apóstol. Yo creo que lo entenderá. Que no va a tenerme en cuenta que no haya abarcado toda la ruta, ni me haya pasado caminando solo quince días para visitarlo. Quizá cuando esté más descansado, con una ligera normalidad, me atreva, pero este año no puedo ni con las pestañas. Pienso que igual debería haberme quedado los quince días durmiendo, para reponer energía para la vuelta, pero una promesa es una promesa. Si no voy a Santiago voy a sentirme intranquilo todo el año. Es una deuda y es de bien nacido ser agradecido. Por más que me cueste. Si no lo termino en una semana, lo haré en dos. Aunque al día siguiente de llegar a Santiago tenga que estar de nuevo en mi puesto de trabajo. Delante del cañón en la primera línea de batalla. Cada día hasta donde me lleven las piernas. Busco silencio y tranquilidad. Y aunque suene raro, me busco a mí mismo.

Durante el trayecto entre Sarria y Portomarín me siento inquieto. Como si mi cabeza quisiera darles la orden a los pies de que se movieran más deprisa, pero estos se negaran. Tardo un buen rato en percatarme que estoy andando solo. De que llevo más de dos horas sin ver a nadie. Sin hablar. Como si fuera el último habitante del planeta. Este año apenas hay peregrinos y menos por esta zona que siempre ha estado menos transitada. Me sorprende que canten los pájaros. ¡Hacia tanto tiempo que no los escuchaba que se me saltan las lágrimas! Me siento cerca del río Miño a escuchar el murmullo del agua y enjuagarme la cara. Por si me cruzo con alguien que no vea que he llorado. El sonido me relaja. No sé cuánto tiempo pasa antes de darme cuenta que estoy ensimismado. Que el

silencio me hace bien. Que no me importa la hora. Que soy feliz por estar vivo.

Para cuando llego a Ferreiros no siento las piernas pero me puede el hambre. Ni recuerdo la última vez que pude sentarme tranquilamente delante de un bocadillo de jamón con tomate sin pensar que me esperaba una lista de pacientes interminable y no podía permitirme el lujo de perder el tiempo en una terraza. Me parece un placer saborear cada bocado, oler el aroma del jamón, paladear el café azucarado, porque muchos de mis pacientes ya no saben a que sabe el chocolate o si están tomando algo salado. Y vuelvo a dar gracias por ser uno de los privilegiados que conserva el gusto.

Pregunto cuanto me falta para Portomarín y no me veo capaz de caminar diez kilómetros más, así que busco donde hospedarme. Este año la mitad de los albergues permanecen cerrados. Los que abren lo hacen al treinta por ciento. Yo no tengo inconveniente en dormir en cualquier parte. Llevo meses doblando turnos y echando una cabezada en un sillón de la salita de guardia. Puedo dormirme hasta de pie. Y resulta un sueño de lo más reparador. Ni me recrimino no haber sido previsor y no haber reservado. La improvisación me viene bien. El banco es cómodo y la mochila hace las veces de almohadón. Hace calor al raso. Si alguien me quiere asaltar, será porque ha llegado mi hora. No me da miedo dormir bajo las estrellas. Antes de que canten los gallos, me despierta la lengua de un perro sobre mi cara. Parece preguntarse qué hago allí y yo no sé muy bien qué contestarle. Que viajo solo porque no sé cuanto me queda de persona o si todos nos estamos convirtiendo en animales. Que la pandemia nos ha descorazonado. Creo que es un perro listo. Que ha adivinado mi sufrimiento y espera que se me pase un poco la tristeza acariciándole el pelo. Es lo que recomiendan los terapeutas contra la depresión. Compañía. Cariño. Eso que hace tanto tiempo que me falta.

Después del desayuno vuelvo a echar a andar. La soledad me hace bien. Con cada paso es como si fuera poniendo en paz mi alma. Por el día que le dije a una paciente que no dejara solo a su esposo cuando más la iba a necesitar. Por la vez que le apreté la mano a un señor que se sentía solo. Por el día que intenté tranquilizar a la señora que pensaba que iba a morir. Veo en cada uno de ellos a mi madre, a mi padre. Aunque los míos ya están fallecidos, pienso en como me habría gustado que los hubieran cuidado. Los pongo en lugar de mis pacientes. Y ahora, en el camino, los voy dejando libres. Atrás. En paz. Ellos y yo.

Para cuando llego a la Iglesia de San Nicolás y me sellan la credencial, mi mochila se ha liberado de mucho peso. Muchísimo.

Atravieso Castromayor, Ventas de Narón y Lestedo. No me cruzo con ningún peregrino que esté interesado en llevar mi ritmo. Todos me adelantan a buen paso y me miran como dudando si estoy bien de la cabeza. Les diría que no tengo prisa. Que ya he corrido suficiente durante estos meses de pandemia. Que voy a darle las gracias al apóstol y que el camino me está sirviendo para ser consciente de la enorme suerte que tengo de haber sobrevivido. Por un instante, cuando subo la cuesta hasta la Sierra de Ligonde me falta el aire. Voy con la lengua afuera. A diferencia de lo que les pasa a mis pacientes, mis pulmones enseguida se reponen. Pienso que ojalá les pasara a todos. Que no hubiera neumonías bilaterales, ni intubaciones, ni necesidad de respiradores para salvar vidas. Llego bastante tocado moralmente. Casualmente encuentro una plaza para pasar la noche en el albergue de peregrinos Os Chacotes de Palas de Rei. Durante un buen rato, el hospitalero que se encarga de mi alojamiento, me mira como si fuera raro que recortara el trayecto en dos. Me trae sidra y cuando vamos por el tercer trago se atreve a confesar que parezco un muerto viviente, un alma en pena. Le hablo de mi trabajo y de la promesa. No tengo más meta que aguantar un poco más para dar las gracias a Santiago en este año jacobeo. Para mí el camino es reparador. El bálsamo para mis propias heridas. Está acostumbrado a escuchar los motivos por los que viajamos y me deja hablar durante un buen rato sin interrumpirme una sola vez. Me doy cuenta de que no le había contado a nadie lo que he sufrido, hasta ahora, hasta que he tomado distancia y parado el tiempo.

Para la cena han preparado espaguetis con tomate. Tras pasarle cuenta, me duermo inmediatamente. Me despiertan los madrugadores. Dicen que hay que empezar a caminar antes de que caliente el sol. Que si me retraso, no podré con la etapa más dura de la zona. La llaman la rompepiernas porque hay muchas subidas y bajadas y cuesta mucho seguir el ritmo sin ahogarse. Soy de los últimos en echarme la mochila a la espalda y en agarrar el palo. Antes de irme, dejo una generosa propina y una nota de agradecimiento para el hospitalero. Me ha ayudado mucho. Me ha hecho entender que a veces con escuchar basta. Eso que hago sin pensar con los demás y que después soy yo el que me cierro como las valvas de los moluscos y no dejo entrar a nadie. Me agobia la multitud de

sentimientos que bullen en mi interior y de tan concentrado que estoy en ellos, apenas me doy cuenta de que voy salvando la distancia y ya he llegado a Melide. Me sellan la credencial en la parroquia de Santa María de Leboreiro y antes de abandonarla me parece que es como si estuviera fichando cada mañana antes de empezar mi turno. Que cada sello me acerca más al objetivo. Que podré decirle a Santiago que he caminado por donde antes lo hizo él. Que el queso de Arzúa revive a los muertos y que las abejas de Portodemouros son capaces de reconocermme como hombre de paz.

Apenas me separan unos cuarenta kilómetros de la meta. Pienso en los pacientes sedados y con respirador. Su propósito es simplemente despertar y poder volver a respirar por sí solos. Durante el trayecto hasta O Pedrouzo hago una parada en Santa Irene. Y en la Iglesia de Santa Eulalia. Y en la ermita de San Andrés. No quiero que esto se acabe. No todavía, porque no sé si estoy preparado para rendirle cuentas al apóstol. Rendirme cuentas a mí mismo. No sé si he conseguido purificar mi alma. Si sería posible hacer una hoguera para acabar con los fantasmas que han habitado en mi cabeza. Si podré espantar esa pena tan honda y sustituirla por bienestar pasajero.

Desde el monte do Gozo, ya veo las torres de la Catedral. Doy gracias y lloro. Llora porque hace unos meses no creí posible que llegara ese momento. No creí poder esquivar al bicho. Son testigos de mis emociones los dos peregrinos que desde su pedestal señalan la catedral con gestos de júbilo y pienso que yo también debería emularlos. Pero no me siento Rey, sino un mero peón en manos de Dios. Tan diminuto frente a su grandeza que durante un rato, permanezco quieto, acompasando el ritmo descalabrado de mi corazón.

Solo me queda cruzar la Porta do Camino y atravesar el casco viejo para entrar en la Catedral de Santiago de Compostela. Dirigirme al sepulcro y darle las gracias al apóstol. Gracias porque todavía no ha visitado la señora de la guadaña. Por haber podido llegar hasta él. Por haberme cuidado para que yo haya podido cuidar a quien me ha necesitado. También le pido perdón por mi debilidad.

No tengo prisa por ir a la Oficina del Peregrino a sellar la credencial y obtener la Compostela. Ninguna prisa. Porque como dijo Machado "Caminante, no hay camino, se hace camino al andar". Lo que veo ahora, es la senda que nunca he de volver a pisar. Y la que me queda, si Dios quiere, por caminar.